

Ruperto y el increíble niño rodante

Roy Berocay

loqueleg

Ruperto se despertó, se rascó la nuca, luego se rascó la nalga derecha y bostezó. Todavía tenía mucho sueño. Se levantó, se puso la gabardina que estaba tirada en el piso y decidió salir a buscar su desayuno.

Caminó un paso, dos pasos, tres pa...

¡Plam!

Se dio de trompa contra algo invisible, algo duro. ¿Qué era eso? Lo tocó con las manos, lo golpeó así, toc toc toc. Entonces se dio cuenta: era un vidrio. Él, como era re capo e inteligente sabía que los vidrios son cosas transparentes que hacen los humanos.

¿Dónde estaría Tamara? Capaz había salido a desayunar antes que él. Esa rana nunca descansaba. Pero ¿por qué había un vidrio ahí, delante de él, en su cueva?

¿En su cueva?

—¡Un momento! —dijo Ruperto en voz alta aunque no había nadie que pudiera oírlo—. ¡Esta no es mi cueva!

Entonces miró para atrás, miró para el costado, miró para el otro costado y se dio cuenta. Estaba rodeado de vidrios. Y lo que era peor, estaba adentro de una cosa alta, rectangular, que... bueno, estaba en una pecera.

8 ¡Una pecera!



—¡Qué zapallos! —volvió a decir en voz alta—. Una pecera es para peces, no para sapos. En todo caso tendría que ser una sapera. Esto está mal, muy mal.

Pero como no había nadie que pudiera oírlo, tampoco había nadie que pudiera contestarle.

Entonces decidió investigar.

El suelo estaba cubierto con piedritas de colores. En un rincón había una linda piedra y unas plantas. Estaba también la cama en la que había dormido, armada con un pedazo de cartón. Y nada más.

9

Miró hacia arriba para calcular la altura del vidrio. Luego quiso medir la fuerza del viento multiplicada por la potencia promedio de un salto de sapo. Pero no pudo: había dormido mal y el wifi de su cerebro aún no estaba conectado.

Igual pensó que si se agachaba y hacía mucha mucha fuerza capaz que podía saltar por encima del vidrio.

Era una idea peligrosa porque le dolía mucho la barriga. Si se agachaba y hacía mucha mucha fuerza capaz que se hacía caca y eso no quedaría bien para un héroe genial, impresionante, nunca visto y popular como él.

Tenía que haber otra manera. De escapar, no de hacer popó.

Entonces de a poco su cerebro comenzó a funcionar, sus niveles de inteligencia fueron subiendo y subiendo hasta que se dio cuenta de que se estaba olvidando de hacer la pregunta más importante de todas: ¿cómo fue a parar a una pecera?

10 Eso, ¿cómo fue a parar a una pecera el sapo número uno, el batracio líder, el más genial, hermoso, valiente y humilde del arroyo Solís Chico? ¿Eh? ¿Ustedes lo saben?

Ruperto no lo sabía. Con mucho cuidado hizo fuerza y más fuerza pero solo para pensar. Trataba de recordar cómo había ido a parar ahí. Había algo, alguna imagen borrosa, como una foto fuera de foco sacada con un teléfono celular viejo. La imagen de una mano. Una mano que bajaba hacia él.

Se sentó en la cama. También recordaba unos ruidos, unas voces y risa como de niño... Se dio cuenta de que le dolía la cabeza y se tocó: tenía un chichón.

Entonces, luego de pensar unos dos mil cuatrocientos veinticuatro segundos más, se dio cuenta de algo: estaba atrapado en una pecera.

Para ser un héroe genial, ese era un pensamiento medio flojo, ¿no? Cualquiera se daba cuenta de que estaba atrapado en una pecera.

Pero el cerebro de Ruperto no se detenía. La mano, las voces, las risas, el chichón.

Listo.

—¡La pipeta! —exclamó aunque nadie pudiera oírlo—. Alguien me atrapó, me dio un golpe en la cabeza y me metió en una pecera.

¿Habría sido el señor Siniestro y su tonto asistente Vladimiro? ¿Serían unos malvados malhechores que lo habían secuestrado?

Y para peor: Tamara no estaba.

Ruperto pensó que era un buen momento para levantar un puño hacia el cielo y poner cara de furia en un tremendo gesto dramático mientras gritaba ¡nooooooooooooooooooooo! En cámara lenta.

Pero eso le pareció muy gastado, así que simplemente se quedó sentado pensando cosas importantes.

Por ejemplo: no había nada para comer.

Sintió que la barriga le hacía rum rum rum y no sabía si era por hambre o por aquel otro asunto.

¿Dónde estaba Tamara?

Y la Rana Vieja, y el sapo Jeremías y Aarón y los cangrejos y el señor Siniestro y Vladimiro y todos los sapos, ranas, hormigas, pájaros, lombrices, cascarudos, hipopótamos y demás bichos del arroyo. ¿Dónde?

Y ¿dónde estaba Ruperto?

Sí, ya sabemos que en una pecera. Pero en qué lugar estaba la pecera, como llegó ahí, quién lo llevó y todo eso.

Es cierto. Este libro empezó con muchas preguntas. Demasiadas. Así que es mejor descansar un poquito, no sea cosa que nos explote el cerebro de tanto pensar.

12 Igual podemos decir que mientras Ruperto buscaba un rincón de la pecera para agacharse y hacer mucha mucha fuerza y... bueno... eh... pensar... la rana Tamara, el amor de su vida y su bajada, estaba muy pero muy pero muy pero muy lejos de allí.

Buscándolo.

Que suena como una palabra africana pero no lo es.